

A. W. TOZER

Compilado y editado por James L. Snyder

LA

VERDADERA
VIDA
CRISTIANA

ENSEÑANZAS DE 1 PEDRO



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Living as a Christian* © 2009 por James L. Snyder y publicado por Regal, de Gospel Light, Ventura, California, U.S.A. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *La verdadera vida cristiana* © 2013 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo y Mirtha Acosta

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1931-7 (rústica)
ISBN 978-0-8254-0361-3 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8505-3 (epub)

1 2 3 4 5 / 17 16 15 14 13

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Introducción: El cristiano sorprendente	5
1. El cristiano cree en cosas que no puede ver	11
2. El cristiano comprende la verdad acerca de la salvación	25
3. El cristiano es rescatado de una vana manera de vivir	39
4. La esperanza del cristiano frente a toda otra esperanza	51
5. Diferencia fundamental entre el creyente y el incrédulo	61
6. El cristiano pone de lado ciertas cosas	73
7. El cristianismo: Una experiencia, no un experimento	89
8. El cristiano cree que es exactamente lo que Dios afirma que es	105
9. La vida del cristiano en medio de incrédulos	115
10. Presencia del cristiano entre los no salvos	125
11. Relación del cristiano con el gobierno y la autoridad	139
12. No se puede dañar al cristiano	151
13. El cristiano cree toda la Biblia	167
14. El cristiano es un extranjero en una tierra extraña	177
15. El cristiano soporta el sufrimiento con alegría	189
16. El cristiano no tiene por qué preocuparse	201
17. El cristiano se mantiene firme contra la falsa enseñanza	211

EL CRISTIANO SORPRENDENTE

¿Qué es un cristiano? El panorama actual está inundado de todo tipo de ideas erróneas acerca de lo que significa ser cristiano, tomadas en gran parte de la cultura que nos rodea. Para algunos, el cristiano es simplemente una persona reformada que se esfuerza por actuar lo mejor posible. Hay quienes han creado un patrón en el que tratan de comprimir a ese cristiano, pero este no se ajusta a dicho patrón, y el resultado es una caricatura, sin ningún poder o autoridad.

En este libro el Dr. Tozer se dirige al cristiano cuyo amor y afecto por Cristo es la pasión que le consume toda la vida... todos los días. No está escribiendo acerca del cristiano carnal que no se ha rendido al gobierno de Cristo. En toda esta obra, Tozer muestra la suposición de estar hablando a alguien que ha tenido una verdadera experiencia de conversión. Insiste en que debemos tener la mayor seguridad en nuestra experiencia de transformación, y confiar en que el Espíritu Santo nos dirige día a día de manera que traiga la mayor gloria al Cristo que murió por nosotros. Tozer empieza donde la mayoría de escritores terminan. Para él, la conversión no es el final, sino más bien el principio de un maravilloso paseo de fe, de confianza y, sí, de obras.

Me resultó muy interesante ver el comentario del Dr. Tozer

con relación a Hebreos 11, al que la mayoría de nosotros vemos como el «capítulo de la fe» en la Biblia. Sin embargo Tozer, en su manera inimitable, lo llama el «capítulo de las obras». La fe sin obras está muerta, y debe haber un equilibrio entre lo que creemos y lo que vivimos. No se puede caminar con un solo pie; necesitamos el contrapeso de ambos pies, y el Dr. Tozer nos presenta un buen equilibrio espiritual al describir de qué trata la vida cristiana desde la perspectiva de la Palabra de Dios.

Desde luego, necesitamos celebrar de qué hemos sido salvados. Eso podría producir en nosotros mucha alabanza y acción de gracias, porque Dios nos ha salvado de una vida de miseria. Pero más importante es que festejemos para qué se nos ha salvado. La vida cristiana es el camino a seguir. Lo más importante es poner «los ojos en Jesús». Toda persona redimida tiene un destino específico que debe cumplir. Descubrir ese destino y cumplirlo en el poder del Espíritu Santo que mora en nosotros representa el gozo de la vida diaria del cristiano.

Debemos comenzar con Cristo, continuar con Cristo y, finalmente, terminar con Cristo. Siempre se trata de Jesucristo, nuestro todo en todo; cualquier cosa fuera de Cristo no es parte de la vida ni del caminar cristiano.

A lo largo del libro, el Dr. Tozer dedica tiempo a desarrollar el tema de la salvación como el plan maestro de Dios para el hombre. La preciosidad del plan divino de salvación revela el valor que Dios concede al hombre. La salvación no es para Dios algo casual, y no debemos tomarla a la ligera. Utilizando una ilustración favorita de Tozer, no es poner una moneda en la ranura, tirar de la palanca, agarrar un paquete de salvación, y luego seguir nuestro propio camino. Al contrario, lo que la salvación hace al individuo que acepta a Jesucristo es nada menos

que revolucionario, y su vida a partir de ese momento es nada menos que milagrosa.

Este sorprendente cristiano es el reflejo de la gloria de la salvación en el mundo que le rodea. No solamente la salvación es algo valioso y extraordinario, también lo es el cristiano. La salvación no es un fin en sí, es más bien un plan para que el hombre vuelva al centro del amor y el favor de Dios. Todo acerca del cristiano debe reflejar la gloria de su salvación. El cielo entero contempla con orgullo a esta curiosa criatura llamada cristiano.

Este cristiano puede soportar cualquier cosa que venga contra él, incluso herejías de toda clase que han infestado a la Iglesia desde el principio. Tozer describe estas herejías y la manera en que el cristiano se eleva por encima de ellas, inclusive el ataque flagrante del mayor enemigo del cristianismo: el diablo. También incluye la actitud del cristiano hacia la persecución y el sufrimiento por la causa de Cristo. Este singular cristiano está en el mundo pero no pertenece a él. Por consiguiente, su modo de vivir delante de los incrédulos es crucial.

Debido a la posición del cristiano en Cristo, sentado en los lugares celestiales, sin importar lo que suceda, el creyente está por encima de todo daño y puede descansar en la seguridad de Jesucristo, el vencedor. El Dr. Tozer afirma: «Nadie, ninguna cosa, ni ninguna circunstancia puede dañar a un hombre bueno». Este «hombre bueno» es inmortal, y cuando su destino en la tierra haya concluido, su destino continúa en lo que ha heredado a través de la salvación.

James Snyder

ENSEÑANZAS DE
1 PEDRO

EL CRISTIANO CREE EN COSAS QUE NO PUEDE VER

*A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque
ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso.*

1 PEDRO 1:8

De todos los apóstoles, en mi opinión, Simón Pedro se destaca entre todos los demás. Su vida y su ministerio son ejemplos muy interesantes a seguir. Él fue uno de los discípulos más animados, quien mediante palabras demostró más devoción a su Señor, y quien estuvo dispuesto a morir por él. Podría plantearme ciertas preocupaciones respecto a algunas de las actitudes y acciones de Pedro que las Escrituras nos revelan, pero en lo más profundo se hallaba radicalmente comprometido con el Señor Jesucristo; por eso le tengo tanta admiración. Muy a menudo este apóstol no sabía cómo demostrar su amor, pero después de ese poderoso día de Pentecostés (ver Hechos 2), junto con el resto de discípulos, nunca volvió a ser el mismo. Se convirtió en una poderosa fuerza para Dios.

Los escritos de Pedro no son tan elocuentes como los del apóstol Pablo, porque su enfoque del cristianismo es más bien práctico. Su voz no se levanta en momentos de éxtasis y oratoria como Pablo hacía a menudo, pero tiene una manera de presentar

la verdad que el cristiano promedio puede entender. Al leer sus epístolas, casi siempre le oigo predicar sencillos y prácticos sermones bíblicos. En el lenguaje del hombre común, Pedro habla en sus epístolas acerca de este cristiano sorprendente e inmovible, del cual forma parte, y que cree aunque no pueda ver a Aquel en quien cree.

En 1 Pedro 1:8, el apóstol comienza a describir a este sorprendente cristiano. Usa dos expresiones muy similares excepto en tiempo: «A quien sin haberle visto» y «aunque ahora no lo veáis». La primera tiene que ver con cualquier posibilidad de ver a Jesús en el pasado, y la segunda tiene que ver con cualquier posibilidad de verlo ahora.

Los cristianos, los cuales pertenecen a Dios por la santificación del Espíritu y por haber sido rociados con la sangre de Cristo, son creyentes en aquello que no pueden ver y que no han visto. Un antiguo proverbio reza: «Ver es creer». Por supuesto, hay un tipo de creencia que debe depender de ver. No obstante, esta es simplemente una conclusión extraída del testimonio de los sentidos, y para nada es una creencia del Nuevo Testamento. Los creyentes del Nuevo Testamento creen un informe respecto a cosas que no se ven, lo cual representa la diferencia entre la fe del Nuevo Testamento y cualquier otra clase de supuesta creencia.

Los primeros cristianos creían en lo invisible, otra manera de decirlo, y esto se asemeja a lo que expresa Hebreos 11:27: «Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible». Abraham fue capaz de soportar porque su enfoque estaba en cosas que eran invisibles.

Siendo lo que somos, confiamos bastante en lo que vemos físicamente; pero si pudiéramos ver todo a nuestro alrededor, si pudiéramos ver las maravillas, las cosas invisibles de la creación,

nunca nos sentiríamos solos ni un instante, ni dudaríamos de lo que no se ve. Las cosas invisibles están ahí, pero simplemente no se pueden ver sin fe. Abraham tuvo fe y pudo soportar porque logró ver lo que no se veía ni se podía ver. Al actuar así, estos cristianos mencionados en 1 Pedro experimentaron lo invisible de manera tan vívida y satisfactoria, que pudieron regocijarse con gozo inefable y glorioso.

Hoy día entonamos canciones tan falsas que a veces dudo en cantarlas. Si el Dios Todopoderoso nos obligara a ser sinceros al 100% cuando cantamos el himno promedio, simplemente no podríamos hacerlo porque sus palabras no serían ciertas para nosotros.

Permítame ofrecer las palabras de algunos himnos como ejemplos. He aquí la letra de una canción que entonamos a menudo en nuestras iglesias: «Mi fe espera en ti, Cordero, quien por mí fuiste a la cruz». Se trata de un hermoso cántico escrito por Ray Palmer (1808-1887). Cuando escribió la última línea («Guárdame en santidad, y por la eternidad te alabaré»), Palmer expresó: «Me hallaba tan conmovido por lo que estaba escribiendo, y por lo que estaba pensando, que compuse la última estrofa en medio de un mar de lágrimas». Ese hombre lo dijo de todo corazón, pero yo me pregunto: ¿cuántos de nosotros entendemos lo que decimos cuando cantamos hoy día ese himno? Es solo debido a una adaptación caritativa de la verdad que podemos cantar la mayoría de himnos que entonamos.

«Solo excelso amor divino», escrito por Charles Wesley (1707-1788), es otro himno que cantamos con muy poco significado.

Solo, excelso, amor divino,
Gozo, ven del cielo a nos;

Mora en nos, y compasivo
De fe danos rico don.
Padre, tú eres cual ninguno,
Grande y puro es tu amor,
Salvación nos has traído
Te adoramos con fervor.

Recuerdo un cántico popular de reuniones de campamento años atrás, «Como un poderoso mar», escrito por A. I. Zelle:

Como un poderoso mar, como un poderoso mar,
A cubrirme viene el amor de Jesús;
Las olas de gloria retumban, mis gritos no puedo controlar;
A cubrir mi alma viene el amor de Jesús.

Fácilmente puedo creer que el hermano que compuso esas letras estaba tan absorto en la gracia de Dios que cuando afirmó: «Las olas de gloria retumban, mis gritos no puedo controlar», prácticamente estaba diciendo la verdad. Sin embargo, muchos que cantan «mis gritos no puedo controlar» *pueden* controlar sus gritos mucho mejor de lo que logran dominar su lujuria y su mal carácter.

Si el cristiano promedio cantara: «Las olas de gloria retumban, mi lengua no puedo controlar», estaría expresando la verdad. Pero decir: «Mis gritos no puedo controlar» es mentir frente al Dios todopoderoso. No obstante, decimos un montón de mentiras. Sugiero que si usted no puede sentirlo, no lo cante. Comprometámonos y pongámoslo de este modo: cantemos diciendo en nuestros corazones: «Oh, Dios, no es verdad, pero quiero que lo sea. No es así, Señor, pero haz que sí sea, por favor». Creo que Dios comprendería y honraría nuestro deseo.

Si el cristiano promedio fuera sincero, cantaría: «Mira cómo me arrastro aquí abajo, amando estos juguetes terrenales», en vez de cantar: «Las olas de gloria retumban, mis gritos no puedo controlar». ¿Cómo podemos convertirnos en seres que cantemos con sinceridad: «Mis gritos no puedo controlar»?

Los cristianos de los que Pedro escribe vieron lo invisible, creyeron en ello y se regocijaron «con gozo inefable y glorioso». No sé de qué manera decirle a usted cómo conseguirlo; solo sé cómo ellos lo hicieron. Lo consiguieron creyendo en lo que no podían ver, y esa es la única forma en que alguna vez usted y yo tendremos gozo inefable y un grito que no podamos dominar.

Crear en cosas que no se ven

La característica del cristiano que Pedro está tratando de establecer aquí es que cree en cosas que no puede ver; cree en lo invisible; cree que el mundo real coexiste con el mundo físico, palpándolo y accesible a él. No existe ninguna contradicción entre espíritu y realidad. La contradicción es entre espíritu y materia, nunca entre lo espiritual y lo real. Por eso el creyente acepta y cree en un mundo real en el cual Dios es el Rey: un reino eterno, un mundo eterno, un mundo espiritual e invisible que coexiste y está en contacto con nuestro mundo y al que es accesible. El cielo no está tan lejos que debamos tomar un avión y viajar a través de años luz para llegar allá. El cristiano promedio piensa en el cielo como en algo muy lejano, y solo por costumbre cantamos que está cerca y que «la gloria baja a saludar a nuestras almas».

El mundo eterno en el cual Dios es Rey está habitado por espíritus inmortales, y ha sacado de nuestra vista por poco tiempo a nuestros seres amados cristianos. Ese mundo es tan real, en

realidad mucho más real, que el mundo físico al que estamos tan acostumbrados. Existe una maravillosa sensación de coexistencia en nuestro mundo, que no es como la gran brecha vacía entre las estrellas en los cielos. Podemos ver una estrella en los cielos, y entre ella y la siguiente hay un espacio de algunos millones de años luz. El mundo visible que nos rodea no está separado de esas cosas invisibles.

Es un hecho conocido que dos objetos de igual densidad no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo. Pero por otra parte aquí hay algo que debemos recordar: Dos cosas que no son de igual densidad sí pueden coexistir en el mismo lugar al mismo tiempo.

Por ejemplo: si usted está sentado frente a su chimenea con el fuego ardiendo, allí estarían coexistiendo dos elementos: luz y calor. No son de igual densidad; no se excluyen mutuamente; son mutuamente compatibles, y ambos elementos salen de esa chimenea.

Piense también en el sol en lo alto del cielo. Dos elementos salen de él al mismo tiempo, coexistiendo entre sí: calor y luz. Nos calentamos y nos iluminamos por el sol. La luz y el calor no se excluyen entre sí, sino que son compatibles, se entrelazan y viven en unidad. Por tanto, el mundo abajo que Dios ha hecho, al que llamamos naturaleza, y el mundo en lo alto que Dios también ha hecho, y que llamamos cielo, son coexistentes.

Esos mundos no solo coexisten entre sí, también se tocan y son mutuamente accesibles, de tal modo que Dios pudo colocar sobre la tierra una escalera cuya parte superior llegara al cielo, y por la que ángeles ascendieran y descendieran. Un mundo es accesible al otro en ambos sentidos; las puertas se abren en ambas direcciones de modo que Dios pudo enviar a su Hijo unigénito y también pudo hacer subir a Esteban. Podemos elevar

nuestras oraciones, y las respuestas bajan. Los dos mundos se topan, coexisten y son accesibles entre sí.

Este cristiano que describe Pedro cree en el mundo invisible, y esto lo distingue de toda clase de materialismo. Durante las festividades, nuestros medios de comunicación se jactan de lo espiritual. No obstante, una vez concluida la temporada, regresan al materialismo. Aunque están celebrando lo espiritual, lo hacen de un modo materialista. Sin embargo, el cristiano se distingue claramente de toda clase de materialismo. No le da mucho valor a lo que ve. No limita su creencia tan solo a lo que puede palpar. Persevera, viendo lo invisible. Lo inmaterial no es fantasmal o espectral, sino espiritual. Lo que es espiritual tiene existencia real, pero es espíritu en lugar de materia. El cristiano cree eso y vive a la luz de ello, y esto lo distingue para siempre de todo tipo de materialismo.

Esto también lo distingue de toda clase de superstición e idolatría. El idólatra también cree en lo invisible, pero la diferencia es que un cristiano es aquel cuya fe en lo invisible se ha corregido, disciplinado y purificado por revelación divina.

Un pagano puede arrodillarse ante una piedra. Si se trata de un pagano inteligente usted podría preguntarle: “¿Por qué adoras esa piedra?”. Tal vez él contestaría: “No adoro la piedra, sino la deidad que reside en la piedra”.

Los griegos solían arrodillarse frente al monte Olimpo, y si les preguntara: “¿Por qué adoran ustedes al monte Olimpo?”, dirían: “No adoramos la montaña, adoramos a los dioses de la montaña”. Incluso hoy existen aquellos que se inclinan ante estatuas en iglesias, y si les preguntara: “¿Por qué adoran esa imagen?”, responderían: “No adoramos esa imagen, sino al Dios a quien nos recuerda esa imagen”.

El punto de vista cristiano de lo invisible

Es totalmente posible creer en lo invisible sin ser cristiano. Muchas personas caen en esta categoría. Pero no es posible ser cristiano y no creer en lo invisible. Es posible creer que en alguna parte hay algún tipo de mundo fantasmagórico, al que se debe aplacar con patas de conejo, frases extrañas, cadenas alrededor del cuello, medallones y toda clase de objetos. Eso es creer en lo invisible, pero se trata de una creencia pagana y equivocada.

Cuando Jesucristo vino y trajo a la luz la vida y la inmortalidad a través de los Evangelios, se levantó, abrió la boca y nos habló, corrigiendo esa falsa y pecaminosa creencia en cosas supersticiosas al decirnos cómo es el mundo real. Él fue el único que alguna vez había estado allí para regresar y contárnoslo. Abraham murió, y su cuerpo duerme en el campo de Macpela, mientras su espíritu está con Dios; pero él nunca ha podido volver para decirnos cómo es el más allá. Sin embargo, Jesús ha estado allí desde la eternidad, y cuando vino a la tierra nos habló de aspectos celestiales y nos reprendió por no aceptar sus palabras.

De modo que el cristiano no es un materialista que solo cree en la validez de todo lo material. Tampoco es un idólatra que solo cree vagamente en la existencia de otro mundo. El cristiano cree en lo que le ha enseñado Aquel que estuvo allá y atravesó el umbral de nuestro mundo, oliendo a mirra y áloe desde palacios de marfil (ver Sal. 45:8), fragante debido a la presencia del Rey eterno.

Confianza del cristiano en lo invisible

El cristiano no solo cree en el mundo invisible, sino que cuenta también con él. Actúa, planifica y vive como alguien que considera

la realidad de lo invisible. En el lado opuesto, el hombre de la tierra no cree en otro mundo o, si cree en él, asiente obedientemente con la cabeza a la creencia en ese mundo, pero no permite que este le altere ninguno de sus planes. Actúa igual como si no hubiera un mundo invisible, y sigue viviendo como si el cielo fuera un mito y no existiera.

Pero el cristiano cuenta con el otro mundo, de modo que la presencia invisible de Dios en el reino eterno, los espíritus hechos perfectos en la santa iglesia del primogénito, el Espíritu Santo, y el mundo invisible realmente influyen en su vida. Lo invisible, en realidad, da forma a los planes del cristiano, determina sus hábitos, y le anima, consuela y apoya.

Es reconfortante la idea de que Dios está cerca de nosotros. Es un pensamiento consolador que haya mundos invisibles cerca de nosotros. Nos consuela saber que cuando Jesús oró en el huerto de Getsemaní llegaron ángeles a consolarlo, y que pudo haber tenido legiones de ángeles a su lado. Nada ha cambiado. Como proclama el poema «El reino de Dios» de Francis Thompson (1859-1907):

Los ángeles mantienen sus antiguos lugares.
¡Basta dar vuelta a una piedra y echan a volar!
Sois vosotros, son vuestros rostros extrañados
Los que pierden su visión esplendorosa.

Nuestros corazones incrédulos han perdido «su visión esplendorosa». Los ángeles aún están aquí. Nuestros amigos en el otro lado de la cerca de piedra eclesiástica son ideales para los ángeles y celebran las huestes angelicales casi a cualquier hora del día o la noche. Pero tengo la ligera sospecha de que hay una relación más cercana entre el concepto que ellos tienen de los

ángeles y la idea pagana del monte Olimpo, que del concepto del Nuevo Testamento. El hecho de que ellos vayan en busca de los santos ángeles, no nos debe hacer volver nuestras espaldas a los ángeles y decir que no están aquí. Están aquí, y Jesús habló acerca de los niños pequeños: «Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos» (Mt. 18:10).

El hecho de que la religión pagana se haya mezclado con el cristianismo, y haya creado un pervertido y falso punto de vista del ministerio angelical, no es motivo para dar la espalda a todo el asunto. Solo porque los musulmanes oren de manera errónea y obediente cinco veces al día, no es razón para que yo no ore. Que los mormones tengan su Libro de Mormón no es motivo para que yo tire a patadas la Biblia a la calle. Solo porque los de la Ciencia Cristiana se reúnan en un edificio de iglesia no es motivo para que yo vaya a derribar alguna construcción eclesial. La realidad de la falsificación nunca nos debería obligar a des- echar lo real.

Observe una moneda de veinticinco centavos y verá las palabras: “Liberty, In God We Trust [Libertad, En Dios confiamos]”. En la otra cara se encuentra: “United States of America, E Plu- ribus Unum, Quarter Dollar [Estados Unidos de América; De muchos, uno; Veinticinco centavos]”. Que yo sepa, nunca he tenido una moneda falsa de veinticinco centavos, pero si alguien me devolviera alguna de ellas, diciéndome que es falsa, yo no tiraré todas mis monedas al patio trasero. Que haya una amplia falsificación no es motivo para rechazar la verdad. Si algunas personas hacen demasiado hincapié en los ángeles, esa no es razón para vengarme de ellos ni para hablar muy poco de ellos.

El educador cuáquero Thomas Kelly señaló que vivimos en dos planos: el de lo natural y el de lo espiritual. Es por eso que el cristiano es una criatura maravillosa, misteriosa, extraña y desconcertante. Es tanto animal como espiritual, e insiste en vivir para lo espiritual mientras aquí abajo se encuentra en su cuerpo mortal, lo que lo convierte en alguien curioso.

Tome por ejemplo a dos vecinos que viven en la misma calle en los números 1631 y 1633, uno junto al otro. Son tan diferentes como la noche y el día. Uno es claramente un antiguo y absoluto pecador bonachón, tranquilo y relajado en su camino al infierno, pero no cree que así sea. Es fácil tratar con él, no molesta a nadie, es amigable y saluda cuando va por la calle. Se trata de un pecador, un Esaú, un rebelde afable en su camino al infierno.

Junto al hombre vive un cristiano, alguien que ha nacido de nuevo y ha recibido al bendito Espíritu Santo como anillo de bodas, pero que tiene sus problemas. Lloras cuando no hay por qué llorar y se entristece sin motivo aparente. Se preocupa cuando alguien lo aborda con deseos de hablarle. Cuando el hombre de al lado no quiere apagar la radio, se preocupa de que haya habido un bombardeo en ultramar. Tal vez ponga la Biblia debajo del brazo y se dirija a una reunión callejera o una reunión de oración. No se muestra tan tranquilo como el pecador y no actúa de la misma forma.

¿Por qué? Porque el pecador vive solamente en un plano, el físico, y el cristiano vive en dos planos: el físico y el espiritual. En su cuerpo, está aquí abajo en la carne; pero en su espíritu, está allá arriba con Dios. Y el resultado es que no es tan agradable estar cerca de él como podría ser. Siempre he afirmado que los profetas nunca son personas tranquilas con las cuales estar, pero son indispensables si no hemos de decaer.

La preocupación del cristiano con lo invisible

Es característico del cristiano preocuparse de lo invisible. Permítame usar la Cena del Señor como ilustración. ¿Qué es un sacramento? Un sacramento es donde lo invisible y lo visible se juntan y se tocan. Lo eterno y lo temporal se encuentran y se tocan. La Cena del Señor es un sacramento en que se utiliza lo material como una prenda delgada para encubrir lo espiritual, y en que utilizamos lo temporal como una bandeja en que servimos lo eterno. Esa siempre ha sido la creencia del cristiano.

Hay dos corrientes de pensamiento que se centran en el sacramento de la Cena del Señor. La primera es que los elementos realmente se vuelven visibles (lo invisible se hace visible) y que, cuando usted toma el pan de la bandeja, de modo consciente está tocando y levantando el mismo cuerpo que María dio a Jesús. Eso parece indigno de una respuesta seria.

La segunda corriente de pensamiento cree que lo invisible está presente, debajo y detrás de lo visible, y creo en eso. Dondequiera que la fe tenga ojos para ver, está la presencia sonriente del Hijo de Dios. Creo que en la Cena del Señor, en el pan y el vino, podemos rastrear esa presencia, podemos saber de dónde vino, y la adquirimos. No hay nada mágico al respecto. Esa cena pudo haber alimentado aves; cualquier pecador pudo beber la copa; no hay nada mágico en ella, pero representa una lección objetiva. Establece lo espiritual en términos materiales. Lo eterno en términos temporales. Y siempre que la fe esté presente, palpamos y tratamos con aspectos invisibles.

Una ilustración de esto se halla en la celebración de la Mesa del Señor. Incluso en la iglesia primitiva, algunos cristianos se volvieron tan absortos con lo material que no reconocieron lo

espiritual. Bebieron el vino y lo disfrutaron, y comieron el pan y quedaron satisfechos, pero al hacerlo no tuvieron fe en lo invisible. No discernieron el cuerpo del Señor (ver 1 Co. 11:29-30).

A través de las Escrituras, especialmente en los escritos del apóstol Pablo, se advirtió a los creyentes en relación con comer y beber la Cena del Señor como algo meramente carnal. Para muchos se convirtió solo en una comida servida ante ellos que podían disfrutar. Este pensamiento materialista entristeció a Dios. La Cena del Señor es más que solo elementos materiales; antes bien, para el hombre o la mujer de fe es a través de esta puerta material que alcanzamos lo espiritual.

Lo espiritual, lo invisible y lo eterno están exactamente aquí. La fe reconoce esto. Este cristiano sorprendente del que Pedro escribe pone su fe en lo invisible, en lo que no ha visto, de modo que lo invisible se ha vuelto visible.

